

CAPÍTULO UNDÉCIMO:

SEIZA

Siguiendo las indicaciones que el kreogan le había facilitado inadvertidamente, Hoox encontró el lugar donde debían estar almacenados los trenes subterráneos que le llevarían al complejo 9. Saboteó los controles que abrían la puerta, y entró para descubrir que el lugar estaba lleno de alienígenas.

Se trataba de una especie que Hoox nunca había visto. Parecían una docena de insectos de más de dos metros veinte de altura, dotados de ominosas tenazas. Las criaturas se giraron hacia la puerta en cuanto vieron que se abría.

Hoox encendió su sable de luz, pero dudaba que fuese a servir de amenaza. Él creía más bien que los insectos protegerían la colmena aunque tuvieran que dar sus vidas en el proceso.

Así fue. Los insectos se abalanzaron sobre Hoox, trabajando en equipo. Hoox mató a dos con su primer tajo, pero los siguientes se movían con habilidad, aprovechando los movimientos de Hoox. Ninguno de ellos se tomaba un nanosegundo para lamentar la muerte de otro, sino que la aprovechaban para atacar a Hoox desde otro punto. Todas las tenazas caían sobre un cada vez más desconcertado Hoox, y la mitad de sus golpes estaban destinados a eliminar el falso peligro de tenazas que ya habían sido cortadas.

Uno de los alienígenas tuvo suerte con su ataque, y abrió un sangrante corte en el costado de Hoox, rompiéndole el mono y la piel. Incluso con todo su autocontrol, Hoox no pudo evitar lanzar un grito de dolor.

-¡¡¡Aaaaaaarrrrrgghhh!!! -gritó mientras cerraba los ojos. Aprovechando esa distracción, otro de los alienígenas le mordió aproximadamente en la misma zona. Hoox les atacó a ambos y les hizo retroceder mientras sentía escozor en su herida.

-Veneno -pensó Hoox-. El mordisco estaba envenenado. Tengo que terminar con esto cuanto antes.

Los alienígenas intentaron atacar de nuevo, pero Hoox no podía perder tiempo: Debía matarlos antes de que el veneno empezase a actuar. Les atacó cuando ellos no lo esperaban y cortó varias cabezas.

La toxina empezó a hacer su efecto. Hoox se sabía empapado en sudor, y también comprendía que no le faltaba mucho antes de que empeorase. El último alienígena estaba demasiado lejos de Hoox para que éste pudiese alcanzarle, y

se estaba alejando cada vez más. Hoox pensó que tal vez le daría a la autodestrucción de los trenes, o algo parecido. Decidió lanzarle su sable de luz en un último intento de detenerle. Lo apagó y echó la mano hacia atrás para impulsarlo.

Entonces, el alienígena, los trenes, todo se empezó a volver borroso. Hoox no podía ver nada con claridad, y no sabía por tanto adónde lanzar su sable.

Cerró los ojos. "Que el lado oscuro guíe mi mano", pensó, y arrojó el sable. El pequeño cilindro metálico voló hacia el alienígena, dando vueltas sobre sí mismo. Tal vez providencialmente, golpeó la cabeza del alienígena y se quedó incrustado allí un instante. En cuanto oyó el golpe, Hoox, que seguía con los ojos cerrados, utilizó la Fuerza para activar el interruptor que encendiese el rayo.

El alienígena cayó al suelo, con la cabeza perforada por el rayo. Hoox apoyó su espalda contra una pared y se deslizó también hacia abajo hasta quedar sentado. La palabra agotamiento quedaba corta.

-Sólo necesito descansar un minuto... -dijo, antes de cerrar los párpados.

Cincuenta y siete segundos más tarde, Hoox se apoyaba en la pared para levantarse, y se acercó a uno de los trenes.

Mientras tanto, en el complejo 9, Sanui corría bajo su capucha por los pasillos. A corta distancia le perseguían las hordas blindadas de X'thrmte, disparando mortíferos rayos láser con sus rifles de colores.

Sanui sabía que no podría derrotarles a todos, pero también empezaba a comprender que, cuanto más corriese, más enemigos aparecerían. A largo plazo, era más peligroso huir que luchar.

Sanui se detuvo detrás de una esquina e intentó tender una emboscada a sus perseguidores. Cuando apareció el primero, logró golpearle en el vientre con su sable y tirarle al suelo. El segundo estaba demasiado cerca y Sanui tuvo ocasión de atacarle también. Los demás se detuvieron un poco más lejos y empezaron a disparar, y Sanui tuvo que utilizar su sable para defleatar estos ataques. Avanzó con cuidado, manteniendo siempre su sable como escudo y acercándose cada vez más a los hombres blindados, hasta estar a una distancia mínima para poder atacarles.

Por el otro extremo del pasillo apareció una mujer blindada, prácticamente igual a sus equivalentes masculinos pero con armadura de otro color y rifle a juego. Sanui no podía verla porque dedicaba toda su concentración a los enemigos que tenía delante.

Entonces, delante de Sanui, apareció un enemigo inesperado. Se trataba de X'thrmte.

-¡Supremor! -dijo uno de los hombres blindados, sorprendiéndose al ver a su jefe. Fue lo último que dijo en

su vida.

X'thrmte miró a Sanui, manteniéndose siempre a cierta distancia, pero al mismo tiempo siendo visible. Reptó con sus tentáculos hasta estar justo delante de lo que parecía ser un ascensor: Si Sanui se le acercaba, X'thrmte sólo tenía que dar un paso atrás y estaría a salvo.

El supremo de zona observó a Sanui y sus inhumanos ojos parecieron parpadear durante un instante. Aunque podía extender sus tentáculos físicos, prefirió extender los tentáculos psíquicos e intentar alcanzar la mente de Sanui para someterla a su voluntad. Al mismo tiempo, cinco metros detrás de Sanui, la mujer blindada le apuntaba con su arma: En cuanto Sanui dejara de moverse, dispararía.

Sanui comprendió lo que le estaba pasando en la mente, e hizo un movimiento inesperado. Se giró un poco hacia la dirección en que estaba la mujer blindada y movió una mano en gesto de aceptación de un objeto.

-Déjame eso -dijo Sanui.

El rifle de la mujer blindada echó a volar, alejándose de sus manos, para caer en las de Sanui. En cuanto el rifle estuvo allí, Sanui disparó cinco veces consecutivas contra X'thrmte. Cuatro de los disparos le acertaron, dos de ellos en la cabeza. Debido al impulso de las ráfagas, X'thrmte cayó hacia atrás, encima del ascensor. El ascensor empezó a moverse y bajó hacia otro nivel con un cadáver como ocupante.

La mujer blindada superó la sorpresa que sentía al ver esto, y echó a correr por donde había venido. Desde luego, sin un rifle, no sería rival para Sanui.

Un único vagón repulsor, pilotado por Hoox, avanzaba hacia el complejo 9. Los controles estaban preparados para que los manejase uno de los alienígenas que Hoox acababa de matar, pero él consiguió encontrar un truco para poder manejarlos. Era un poco más difícil, pero no imposible.

El vagón avanzaba sobre una vía llena de curvas y cambios de nivel. Hoox dudaba bastante de las dotes de ingeniero de estructuras del que hubiese construido esos túneles, constantes agujeros de lombriz que sin duda hacían un millón de rizos inútiles. Supuso que los stigianos habrían aprovechado una construcción natural para meter sus túneles, pero aún así, él, como político, jamás habría aprobado una estupidez de ese calibre.

La conducción de Hoox habría sido clasificada de temeraria. El vagón tomaba las curvas con dificultad, pero no cometía errores pese a que iba a más de cuatrocientos kilómetros por hora. El piloto, Hoox, se obligaba a mantenerse despierto y con su atención en la vía, pero el veneno era poderoso y se abría paso a cada instante.

Hoox sabía que podría destoxificar el veneno si se tomaba algo de tiempo para reposar, pero no podía hacerlo. Todavía

no. Aunque le fuese a costar la vida.

Entonces, Hoox observó una pequeña explosión cerca de su posición.

-Me preguntaba cuánto iban a tardar -pensó, aunque habría dado gustoso un sistema planetario por no tener problemas durante el viaje.

Hoox miró en el brillante vidrio ante él y pudo ver el reflejo de sus atacantes. Tres criaturas pequeñas, voladoras por naturaleza propia, armadas con unos blásters de bolsillo, casi más grandes que ellos. Cara de enfado y alas de mariposa.

Las pequeñas hadas asesinas dispararon contra el vagón de Hoox varias veces, apuntando a donde sabían que estaba el depósito de combustible. Hoox empezó a preocuparse. Giró el vehículo hacia un lado y hacia el otro para esquivar algunos de los disparos, pero apenas lograba esquivar uno de cada nueve y el vagón empezaba a estar en una situación crítica.

Hoox se fijó en que el vagón había alcanzado una vía lo bastante larga como para que pudiese ignorar los controles durante un segundo, uno coma cero ocho segundos si tenía suerte. Él se giró y, con su propia pistola bláster, disparó varias veces contra los duendes militares. Sólo logró darle a uno de ellos, pero al menos a ése logró tumbarle con ese único golpe. El duende se derrumbó, cayendo a plomo, mientras profería un gemido con aguda voz. Otro de los duendes, a su lado, dijo algo en una voz también muy aguda, pero Hoox no le dio importancia.

Este segundo duende echó a volar mucho más rápido que su compañero, avanzando a toda velocidad hacia el vagón. Parecía no querer conformarse con destruir el vagón, sino que quería matar a su piloto. Se acercó mucho hasta asegurar que el gigante fuese visible, y llegó a entrar en el vagón, poniéndose a la espalda de Hoox.

-¡Eh! -gritó con su voz característica-. ¡Quiero que me mires cuando te mate!

Hoox se giró y, con más velocidad de la que el pixie había creído posible para alguien de su tamaño, le agarró. Ahora, el cazador estaba literalmente en la mano de su presa. Hoox miró la vía, pasó un instante a su enemigo, y de nuevo a la vía. Empezó a cerrar el puño alrededor del trasgo. Él se asustó un instante y después... Después ya no podía sentir nada. Hoox abrió la mano y el mordaz pooka cayó en el suelo del vagón.

Pero el tercero consiguió acertar muchos disparos sobre el vagón. Le disparaba desde arriba, avanzando mientras miraba la vía.

-No lo entiendo -pensaba-. El vagón ya está prácticamente destruido, nunca llegará al final de su viaje entero. ¿Por qué no me ataca el piloto? Está concentrado en la vía. ¿Qué hay tan importante en la vía?

La respuesta le vino de pronto cuando el vagón giró noventa grados hacia abajo. Hoox necesitaba estar muy concentrado para hacer ese movimiento. El pequeño troll no estaba preparado para hacer un movimiento repentino y no contaba con la maniobrabilidad del vagón. No pudo ver que el techo también giraba en forma de grifo, y se estrelló contra la pared.

Hoox intentó enderezar su vagón, y su estómago a poder ser. El vehículo estaba a punto de sufrir un accidente, todos los sensores de a bordo pitaban y daban información en algún idioma extraño. Hoox los miró. El complejo 9 estaba tan cerca...

Desde el complejo 9, varios operarios insectoides pudieron ver cómo el vagón se estrellaba contra una puerta cerrada y se destruía en una nube de llamas.

Sanui se enfrentaba a un pelotón de hombres blindados usando únicamente su sable de luz. Los hombres blindados apenas podían retroceder y agolparse en un pequeño montón: Sus armaduras eran inútiles contra el arma de Sanui. Al mismo tiempo, cada vez que disparaban, Sanui movía su sable para deflectar el disparo y redirigirlo contra los tiradores. El decorado, una habitación con varias entradas y el techo muy alto, favorecía más a los hombres blindados. Según los resultados, por el contrario, los hombres blindados estaban en desventaja.

Todo esto era observado con atención, desde una pantalla, por el verdadero amo de Stige. Meditaba los movimientos que llevaba a cabo Sanui. Incluso sin su máscara, era difícil conseguir un buen plano de su rostro, y eso que Sanui tenía muchas cosas que hacer aparte de proteger su identidad.

-Esto no tiene sentido -dijo-. Es igual que el otro, Hoox. Enviar más hombres blindados es inútil, y también lo es enviar a otro kreogan. Sólo perderíamos efectivos.

Doce segundos después, un verdadero enjambre de insectos de más de dos metros veinte estaba listo para la acción. Corrían zumbando hacia el lugar donde estaba Sanui. Ninguno llevaba armas aparte de sus tenazas y sus bocas envenenadas.

Pero los hombres blindados no habían retrocedido. A ninguno de ellos le habían dicho que vendrían refuerzos, y seguían muriendo en vano, intentando detener a Sanui. Eran verdaderos soldados, guerreros preparados para poner en jaque a ejércitos rivales... pero nada de lo que sabían les había preparado contra un Jedi. Sanui conocía movimientos de esgrima que los hombres blindados no podían ni intentar detener.

No tardaron en aparecer los insectos. Sus inmensos ojos compuestos miraron a Sanui atacando a los hombres blindados y, después de una cierta discusión a nivel de enjambre, identificaron al enemigo.

Ninguno de ellos lanzó un grito de guerra ni nada parecido. Simplemente avanzaron, con sus tenazas preparadas para triturar la carne. Sanui no sabía bien qué eran, pero los hombres blindados los reconocieron, y los que estaban en condiciones de andar ayudaron a moverse a los que no estaban tan bien. Todos querían apartarse del camino de esas criaturas, que avanzaban haciendo resonar sus múltiples patas en el suelo.

Sanui podía sentir el miedo de los hombres blindados. No reconoció, sin embargo, las emociones que emitían los insectos. Sin duda, se trataba de emociones alienígenas que los humanos no podían sentir, ni siquiera comprender, y por eso no podía...

Sanui ignoró su cadena de pensamientos cuando vio que uno de los alienígenas estaba iniciando una finta con su tenaza. El sable de luz detuvo este ataque, pero no logró dañar al insecto porque éste retiró velozmente su tenaza. Mientras tanto, otro alienígena se ponía al lado de su compañero para atacar.

-Están intentando rodearme -pensó Sanui-. Se van a llevar una sorpresa.

Sanui esperó a que hubiese un pequeño corro de insectos a su alrededor. Todos ellos intentaron atacar con sus tenazas, cada uno siguiendo un patrón específico que hacía prácticamente imposible que Sanui parase todos los ataques.

Entonces, Sanui brincó. Aprovechando el techo alto de la sala, pudo elevarse casi cinco metros. Dio varias volteretas para llegar a la pared y se agarró con los dedos a la pequeña fisura que había entre dos azulejos; cierto androide le había enseñado a escalar, y Sanui había aprendido muy bien.

-Ja -pensó Sanui-. ¿Qué vais a hacer ahora?

Uno de los insectos extendió sus alas y echó a volar, dirigiéndose a Sanui.

-Oooooooooops.

El resto de los insectos empezaron a extender sus alas y a volar. El primero se mantuvo fuera del alcance del sable de Sanui mientras esperaba a sus compañeros y, cuando casi todo el enjambre estuvo con él... Entonces atacaron como uno solo.

Sanui movió su sable varias veces, sabiendo que estaba golpeando a alguno, y que les estaba dañando, pero las tenazas seguían cayendo y los insectos contaban ahora con la ventaja. En el aire, ellos estaban en su elemento.

Sanui soltó sus dedos e intentó caer. Varios insectos se pusieron en su camino. Sanui se agarró al cuello de uno para intentar cabalgar e intentar hacer que aterrizase; no era la primera vez que estaba en el lomo de un animal volador. Esta vez, eso sí, el animal era mucho más salvaje que la última. Se movía muchísimo, y los demás seguían atacando. Sanui esperaba que no atacarían por miedo a darle

a su compañero, pero parecían decididos a acabar con su montura, y ésta apenas hacía nada por defenderse. Realmente, eran un enjambre, un colectivo incapaz de comprender el concepto de individuo: Matarían a todos los que hiciera falta, sólo para abrirse paso hasta Sanui.

Sanui comprendió que su montura estaba a punto de morir, y saltó de nuevo, esta vez hacia el suelo. Movi6 su sable varias veces para despejar el camino mientras intentaba aterrizar; no quería que ningún otro insecto le sirviese de montura.

El golpe con el suelo hizo que se torciera un tobillo. Sanui se quedó a medio erguir, acariciando su tobillo herido con la mano izquierda mientras sostenía el sable con la derecha. Los insectos avanzaron como un grupo de bombarderos TIE.

A poca distancia, en el mismo complejo, otro grupo de insectos habían dejado de representar una amenaza. Estaban en el centro de control de trenes subterráneos, y sólo dos individuos quedaban en pie. Uno de ellos era un técnico de los trenes, humano y con la joya en la frente.

El otro era Hoox.

El técnico estaba visiblemente asustado, atemorizado ante el hombre de ropas raídas y medio deshechas y cabellos despeinados.

-Es imposible -dijo el técnico, intentando mantener su forzada sonrisa-. ¿Cómo puedes estar vivo? Yo mismo vi cómo tu tren explotaba.

-Yo sabía que el tren iba a explotar -respondió Hoox-. No me iba a quedar dentro, esperando que pasase. ¿Crees que soy un necio?

-No -dijo el técnico, con su mejor sonrisa de "Me sé la respuesta"-. Por supuesto que no.

-No eres una amenaza para mí -dijo Hoox-. Apártate de la puerta.

-Por supuesto -dijo el técnico, con su constante sonrisa.

El técnico se fue hacia una esquina del centro de control mientras Hoox se acercaba a la puerta. Ahora, el intruso le estaba dando la espalda. El técnico abrió un compartimento secreto y cogió una pistola bláster. Sonrió con malicia y apuntó a la espalda de Hoox con una sola mano.

El corazón del técnico se empezó a apretar, como por voluntad propia. Ya no estaba bombeando sangre. El técnico llevó su mano libre a su pecho e intentó toser, con notable poco éxito. Cayó de rodillas primero, y después de frente, con la acusadora pistola siempre en su mano.

-Si no hubieses cogido ese arma -pensó Hoox-, ahora seguirías viviendo. Qué desperdicio inútil de una vida.

Hoox salió finalmente por la puerta y avanzó con calma y precaución. En realidad, Hoox querría haber echado a correr, pero el veneno no se lo permitiría. Por tanto, y

sabiéndose observado, decidió dar a sus pasos una pose amenazadora.

Tardó un poquito en llegar a una habitación de techo alto llena de alienígenas del tipo insecto con los que ya se había enfrentado varias veces. La mayoría estaban formando un montón, intentando atacar a Sanui, debajo de todos ellos. Algunos montaban guardia, y uno de ellos vio a Hoox. Hoox también le vio y, antes de que el alienígena pudiese mover sus tenazas, el humano le puso las yemas de los dedos encima de su caparazón.

-Ven aquí, tú -dijo en voz alta, aunque dudaba que el alienígena fuese a entenderle.

Hoox sabía que ese pequeño guerrero no tenía mente. Oh, no, eso dependía de la reina de su colmena, que estaba en algún otro lugar. Un lugar que Hoox no conocía, pero que podía rastrear. Era muy sencillo, ahora que estaba en el cerebro del alienígena. Sólo tenía que ver de dónde venían sus pensamientos, siguiendo un finísimo hilo psíquico.

El hábil maestro encontró a la reina que enviaba pensamientos a toda su colmena. Una vez llegó hasta allí, pudo alterar la mente alienígena que controlaba a todos los insectos. Ciertamente era que no podía inculcarle pensamientos complejos, puesto que Hoox apenas comprendía lo que le pasaba por la mente. Pero Hoox podía obligarle a sentir emociones, y había algunas en las que él sí era un experto.

La reina empezó a sentir miedo mientras Hoox se permitía una sonrisa. Verdadero miedo. Terror. Pánico. Hoox tuvo que reprimir su placer sádico.

Pronto, la reina estuvo tan asustada que solicitó a todos sus guerreros que fuesen con ella, a protegerla. La nube de insectos que rodeaba a Sanui desapareció rápidamente.

Debajo de ella, había que admitir que Sanui se había defendido con propiedad. Su capa estaba hecha jirones, pero el sable había mantenido a raya la mayoría de los ataques, y apenas había que lamentar un par de heridas, más superficiales que otra cosa. Sanui no se levantó; su postura, boca abajo, aún ocultaba su rostro. Tosió varias veces. El suelo a su alrededor estaba lleno de sangre, pero Hoox no sabía si era sangre de Sanui o de los insectos. Supuso que la mayoría era de los insectos.

-Hoox... -dijo Sanui débilmente-. Qué momento para matarme, ¿verdad?

-Nunca he querido matarte, Sanui -dijo Hoox-. Bueno, vale, si quería matarte. Pero antes quería que me dijese dónde está Ashla. Pero ahora, ni siquiera te pido eso ya.

-¿Entonces qué haces aquí? -dijo Sanui.

-Los dos queremos salir de este planeta -dijo Hoox-. Te necesito para conseguirlo. Tregua hasta que salgamos del campo de asteroides. ¿De acuerdo?

Sanui frunció una de sus cejas, sin mirar a Hoox. Utilizó la Fuerza para intentar entrar en la mente de Hoox y

comprobar si hablaba en serio. Por desgracia, la fuerza de voluntad de Hoox era excesiva para que Sanui la sobrepasase en su debilitado estado actual.

Intentó escuchar la respiración de Hoox, y utilizar sus conocimientos de psicología para saber si mentía. El resultado no fue nada concluyente; alguien como Hoox probablemente sabía mentir muy bien. Ahora bien, Sanui no tenía ninguna prueba de que Hoox mintiese.

-Sanui -dijo Hoox-, en este momento, tus posibilidades de supervivencia se incrementan notablemente si cuentas con mi ayuda, y viceversa. Tenemos entre manos un problema mucho más grave que nuestras diferencias... ¿No te habrás desmayado, verdad?

-No... -dijo Sanui-. Está bien. Enemigos por elección, aliados por la fuerza. Estamos juntos. Tregua hasta salir del campo de asteroides, pero eso no significa que me guste.

-No creas que yo soy feliz con un discípulo de Ashla -dijo Hoox.

Sanui hizo un movimiento para levantarse.

-¿Estás en condiciones de andar? -preguntó-. Puedo usar la Fuerza para proporcionarte energías.

-No necesito tu lado oscuro -dijo Sanui, con desprecio, mientras se erguía hasta alcanzar toda su altura, inferior a la de Hoox en unos pocos centímetros. Ahora miraba a Hoox, pero su rostro estaba oculto bajo la capucha.

Entonces, Sanui se fijó en su capa. Estaba totalmente destrozada, llena de cortes por todos lados. La había utilizado para engañar a los insectos, para que ellos atacasen donde había sólo tela y no carne. El resultado era que apenas quedaba tela. Meditó un momento.

-Esta capa está hecha harapos pensó.

-Si no quieres revelarme tu... -Murmuró Hoox.

-En realidad... -dijo Sanui.

Se quitó la capucha y Hoox pudo ver por fin el rostro de Sanui. Tenía el cabello castaño y largo, pero tirante y recogido en un peinado práctico detrás de la cabeza. Sus ojos eran los que Hoox había visto mil veces, ovalados y color verde con pigmentos más claros cerca del iris. Tenía una nariz pequeña y redonda, y su rostro era delgado y con la barbilla un poco puntiaguda. Sus labios, bastante grandes, estaban curvados en una sonrisa. Provocada esta por la cara que puso Hoox cuando vio que Sanui era una mujer, y no poco atractiva.

Sanui, ella, llevó una mano al cierre de su capa y lo abrió. La capa cayó al suelo, pasando a parecer un montón de trapos viejos. El cuerpo de Sanui era esbelto y perfecto para su rostro. Su complexión era normal; ella hacía mucho ejercicio físico, pero no permitía que su aspecto llamase la atención. Si se deshiciese de su capa en condiciones normales, los hombres de Hoox no habrían podido

encontrarla; sólo sería otra chica atractiva. No era una de esas mujeres de encantos artificiales que iban con los oficiales de Hoox cuando éstos estaban de permiso. Sin embargo, a Hoox le pareció mucho más tentadora que éstas.

-¿Y se puede saber qué miras? -dijo Sanui, con desgana.

Hoox no decía nada. Probablemente seguía intentado ordenar sus ideas. Estaba sin duda tan confundido que no sabía qué hacer o qué decir. En su mente habían cadenas de pensamiento, antes totalmente lógicas, que se habían desmoronado en cuestión de segundos.

-Que me contestes -añadió ella.

-En realidad, yo, er...-dijo Hoox-, sabes, lo que más me sorprende es que seas tan joven.

-¡Sí, hombre! -dijo Sanui, con sarcasmo-. No eres mucho mayor que yo.

-Es cierto -admitió Hoox-, pero yo tuve... una infancia difícil. Maduré rápidamente.

-No te enrolles -dijo Sanui.

-¿Cómo te llamas? -dijo Hoox-. Bueno, no me lo digas si no quieres. Ya me has dado mucha información clasificada, y tal vez algún día tenga que usarla contra ti. Si quieres decirme cómo te llamas, adelante. Si no...

-Vaya -murmuró Sanui, pensativa.

-Somos enemigos desde hace tiempo -dijo Hoox-. Te respeto. Igual que respeto a Ashla.

-Pues odiarnos a muerte es una forma de respeto un tanto curiosa sabes -dijo Sanui.

-Sólo odio a Ashla -dijo Hoox-. No me faltan motivos para ello.

-Por supuesto -dijo Sanui-. Él es la verdadera amenaza para tu tiranía despótica en el sector.

Hoox dejó escapar una risita entre dientes y miró a Sanui como si él tuviese mil años más que ella. Ahora sí que la estaba mirando como a la niña que ella parecía ser y que él sabía que no era.

Antes de que él respondiera, ella se llevó una mano al antebrazo y se quejó.

-Oooooohhhh... -dijo.

Hoox ya se había fijado en ese roto en su ropa, pero esperaba que hubiese sido una tenaza, y no un mordisco.

-Sabes que te han envenenado -dijo Hoox.

Sanui asintió con la cabeza.

-¿Te ha enseñado Ashla a...? -preguntó Hoox.

-Nunca fui muy buena en ese terreno -admitió Sanui.

-A mí también me han mordido -dijo Hoox, llevando su mano al roto del mono en su torso-. Estas pequeñas paradas, sin peleas y sin adrenalina, me permiten combatirlo un poco, pero...

-No creo que tengamos tiempo de eliminarlo de nuestros sistemas -dijo Sanui-. Tienes un plan de escape, claro.

-Algo así -dijo Hoox-. ¿Estás segura de que quieres que

nos movamos ya?

-Tú no te preocupes por mí; eso es lo último que necesito -dijo Sanui-. Vámonos.

-Mi oferta de usar la Fuerza para aliviarte sigue en pie -dijo Hoox.

-Vámonos -repitió Sanui, subiendo el tono de voz-. Tú guías. ¿O estás esperando una emboscada? Tal vez me has vendido a los stigianos a cambio de tu vida.

-Creo que has usado los sentidos mejorados con la Fuerza para asegurarte de que nadie viene hacia aquí -dijo Hoox.

-¿Tú también lo has hecho? - Preguntó Sanui.

-Yo he sido el que se ha asegurado de que nadie nos molestaba durante las negociaciones -dijo Hoox, sonriendo-. Venga, jovencita, vámonos.

Hoox dio la espalda a Sanui y avanzó hacia la puerta por donde él había entrado.

-Seiza -dijo Sanui.

-¿Qué? -dijo Hoox, girando su cabeza.

-Me llamo Seiza. Seiza Sanui.

-Bien -dijo Hoox, y reanudó el paso.

Fin del undécimo capítulo

CRÉDITOS

Star Wars: In nomine stellaris.

Una publicación independiente de Vanesa Pizarro y Jorge J. Rodríguez para www.loresdelsith.net y www.sithnet.com

Para contactar con los autores escribe a: in_nomine_stellaris@hotmail.com

© 1999 de los autores.

Star Wars - La Guerra de las Galaxias es © 1977 de George Lucas.

Impreso en España - printed in Spain.

